



## TERRITORIOS URBANOS. BARRIO

Francisco Montero Fernández, Arquitecto

Juan Giles Domínguez, Arquitecto

Zacarías de Jorge Crespo, Arquitecto

(Sevilla, España)

Palabras clave: territorio – barrio – vivienda

Institución: Grupo de Investigación 'Proyecto y Patrimonio' – TEP 141

fmontero@us.es

*«Hay albaricoqueros. Hay helechos; y hay zarzamoras, ¿pero belleza? ¿Es la belleza una cualidad concreta de una cosa, de un objeto, algo que pueda describirse y nombrarse, o no será, más bien, un estado del espíritu, no tendrá que ver con el sentir del hombre? ¿Es la belleza un sentimiento especial, desencadenado por una forma, una figura, una imagen o una creación que percibimos? ¿Cómo está constituida la cosa que desata en nosotros esa sensación de belleza, ese sentimiento de estar experimentando belleza, en un momento determinado, de estar viendo belleza? ¿Tiene la belleza una forma?»*

Zumthor, Peter: Pensar la Arquitectura. Barcelona, Gustavo Gili, 2004, p.59

*«Un telón mágico, tejido de leyendas, colgaba ante el mundo. Cervantes envió de viaje a Don Quijote de la Mancha y rasgó el telón. El mundo se abrió ante el caballero andante en toda la desnudez cómica de su prosa.*

*Al igual que una mujer se maquilla antes de correr hacia su primera cita, el mundo, cuando acude a nosotros en el momento en que nacemos, ya está maquillado, enmascarado, preinterpretado. Y los conformistas no serán los únicos en no darse cuenta; los seres rebeldes, ávidos de oponerse a todo y a todos, no se dan cuenta de hasta qué punto ellos mismos son obedientes; solo se rebelarán contra lo que ha sido interpretado (preinterpretado) como motivo, digno de rebelión»*

Kundera, Milan: El Telón. Ensayo en siete partes. Barcelona, Tusquets Editores, 2005, pp. 114-115

Entre estas dos citas hemos construido un segmento de pensamiento como extremos de una estrategia de trabajo. Cualquier reflexión que emprendamos entre ellas nos hará recorrer una distancia de aprendizaje y posicionarnos. A la primera cita que nos abandona en la pregunta: ¿Tiene la belleza forma? yo respondería que no, creo que es posible apreciar la belleza de la realidad más allá de su forma. La segunda cita nos despeja otro extremo del segmento situándonos en una posición liberados de la interpretación, del conocimiento de una realidad interpretada, en definitiva, para liberarnos de la forma como referente de nuestro trabajo y descubrir nuevas formas de manifestarse.

1521

### Territorios Urbanos

La Arquitectura posee una gran unicidad depurada en paralelo a la historia del hombre. El arquitecto

atiende a esa unicidad, «debiendo ser» conocedor de los temas invariantes de la arquitectura, de aquellas cuestiones más allá de la moda, de los estilos o de las circunstancias aunque, imposible de atender a todas las solicitudes, necesite ser selectivo y encontrar posiciones desde donde mirar el lugar, tanto físico como del pensamiento, en el que desarrolle su trabajo. El lugar de la Arquitectura en el que nos interesamos es la ciudad, el territorio urbano, aquel que conformado por la arquitectura sirve de escenario a la sociedad y a los individuos. La ciudad debe entenderse como una traducción específica de la realidad que nos rodea y que es construida desde la posición intelectual del arquitecto a través de la práctica proyectual contaminada de otras fuentes de conocimiento que permiten ir avanzando en la complejidad, hasta el punto de que ciencia, técnica y arte son fuentes de pensamiento para nuestro trabajo. No obstante quisiera despejar cualquier duda que nos hiciera pensar en el carácter protagonista de la Arquitectura para proyectar la ciudad ya que opino que sólo los arquitectos solo somos capaces de alterar su marco físico y por tanto podemos concluir que nuestra capacidad de hacer ciudad es leve ya que la dinámica social de la Arquitectura es mínima, tal y como nos recordaba el profesor Roberto Fernández en el seminario anterior de Hibridaciones en Sevilla (Abril 2009). Por tanto la Arquitectura carece del papel protagonista que muchos quieren otorgarle pero tampoco debe ser culpabilizada de los males de una realidad a la que aporta solo una parte de su definición. Indiscutiblemente la aportación de la Arquitectura es importante pero no puede ser entendida como absoluta.

El lugar fundamental de la arquitectura es la ciudad. El arquitecto transforma la realidad desde el momento que establece un punto de vista sobre el que lanzar nuevas perspectivas y mirar a la ciudad como un territorio plantea una nueva definición de ambos términos; ciudad y territorio dejan de enfrentarse para conjugarse en un sentido superpuesto, de manera que la ciudad se puede definir como un territorio en constante formación, con una entalpía muy alta, pendiente de tal cúmulo de intereses, lecturas y estratos que su nivel energético es elevado, inestable y vivo.

Todos nosotros nos identificamos con el lugar, con la construcción de un territorio que cada vez posee más componentes intelectuales, construyendo una realidad mental que acota conceptos como Europa y que nos conduce a concluir que su historia es la historia de sus ciudades. Venecia, Roma Berlín, Lisboa, Londres se nos ofrecen como nudos de un tejido bien entramado tanto en el espacio como en el tiempo. Pero la identificación más inmediata y sensible a las personas se realiza a una cierta escala espacial de manera que será el barrio la unidad de referencia sobre la que nuestras vidas y nuestras ciudades puedan ser leídas. El barrio es el elemento referencial básico de la vida urbana, donde lo individual pierde sentido a favor de lo colectivo hasta el punto de convertirse en una señal de identidad.

En cada una de nuestras ciudades surgen temas de trabajo que nos permiten reflexionar sobre estas ideas y encontrar una realidad susceptible de ser proyectada. El barrio de la *Malagueira* de Évora es un ejemplo fundamental, pero es necesario conocer Triana, Macarena, Pino Montano, Huelin, Populo, Albaicín, la Chanca, para conocer las bases estructurales de Sevilla, Cádiz, Málaga, Almería,... En Caro Diario, *Nanni Moretti* nos enseñó Roma y su historia reciente a través de sus barrios, de sus crecimientos y sus abandonos; con una Vespa nos llevó de paseo por la ciudad en unas distancias acotadas por la música, el azar y el tiempo de su película. *Paul Auster* en sus películas «*Smoke*» y «*Blue in the face*» nos permitió conocer un Nueva York habitado desde un estanco que se convertía en un observatorio del lugar; *Jacques Tati* en la película «*Mi Tío*» ofrece el contraste entre un modo de vida tradicional y otro moderno

El barrio puede ser entendido como la unidad de identificación básica de la sociedad urbana, donde la vida cotidiana encuentra un tiempo, una distancia, unos ritmos donde los individuos labran su concepto de colectividad. En las casas de vecinos podemos encontrar un paralelo entre un edificio y un barrio, donde la relación entre el tejido social y el espacio físico se hace patente y básica. En la ciudad extensa, la distancia y sus tiempos diluye estas relaciones y es el barrio el que sirve de marco acotado para buscar relaciones e identidades. Tres actividades fundamentales serán analizadas, vivienda, trabajo y ocio dentro de un denominador común: la cultura, entendiendo que las transiciones se producen en función de un gradiente de privacidad que permite que la vivienda termine por definir sus límites en la calle y viceversa, que la calle inunde nuestras viviendas.

## Superposiciones

La pregunta clave a mantener en toda nuestra actividad será ¿Cómo ocupar un lugar? y el proyecto debe entenderse como una estrategia de ocupación más que como una forma definitiva resultante, y a partir de ese momento reflexionar sobre ¿cómo alterar ese lugar ocupado?. Ocupaciones y alteraciones harán verosímiles las transformaciones, hasta el extremo que podamos pensar en proyectos con capacidad de



transformación, susceptibles de soportar sístoles y diástoles, lugares estacionales atentos a los acontecimientos, a los cambios climáticos, al día y la noche,...

La explotación agrícola o los transportes (metro, tren, autopistas, infraestructuras hidrológicas y eléctricas,...) definen una realidad estratificada que salta de dimensión en el territorio urbano de la ciudad. Una realidad en la que el clima y la actividad económica permiten pensar en ocupaciones intermitentes, como el movimiento de las olas en las orillas de la playa, una realidad en continuo movimiento, alterada sucesivamente con la constancia del uso. Cualquier proyecto que se proponga deberá nacer de una estrategia de superposición, insertando una nueva capa en el territorio estratificado o bien descubrir nuevas relaciones transversales entre distintas capas que permitan descubrir una nueva lectura del lugar.

Todos miramos al mundo con un sentido clasificatorio afín a intereses particulares de manera que la realidad que percibimos adquiere una condición camaleónica, tornasolada y variable a expensas de nuestra opinión más o menos educada y cualificada. La escala de la mirada nos permite acercarnos a detalles o alejarnos hacia conceptos globales que poco a poco se divulgan en un sentido más general al alcance cotidiano de todos. La Tierra ya es observada desde la altura de un globo o podemos mirar cualquier punto desde un satélite que flota en la atmósfera, pero también tenemos accesos a fotografías térmicas o microscópicas, de manera que la elección, la intención es parte fundamental de cualquier conducta creativa.

La geografía como ciencia del mundo se ha diversificado en ramas como la geografía física (climatología, geomorfología, hidrografía, glaciología, Paleogeografía) y en otras que estudian las relaciones entre distintos factores y el medio como la Biogeografía (seres vivos y el medio) y la Geografía Humana (hombre y medio). Quizás sea esta última la más afín a la Arquitectura ya que sitúa al individuo en su contexto y sus especialidades plantean aspectos de esa realidad como la Geografía rural (agronomía, estadística y economía), la Geografía Económica (industrial, turística,...), la Geografía Urbana (Urbanismo, Sociología y Matemáticas) o la Geopolítica (Demografía, Sociología y Matemáticas).

Ese mundo absoluto, cuantificable y objetivo también ha sido mirado y mostrado a través del arte a lo largo de la historia y sus autores nos han enseñado multitud de facetas, aunque la realidad fuera siempre la misma. En esa variación surge un mestizaje creativo del mundo que se aleja de cualquier expresión cercana a lo ortodoxo o a cualquier fundamentalismo y que permite que el arte ayude a la sociedad a avanzar en el tiempo. El proyecto de Arquitectura también evoluciona en el tiempo ya que asume una manera de mirar la realidad, e intenta conocer el mundo desde la génesis del contexto habitacional del hombre. La ciudad se erige como el marco de la arquitectura y en todas sus manifestaciones existen ciudades mil veces reinventadas, desde simples semillas subsidiarias de un medio ajeno a complicados escenarios donde la sociedad se desarrolla en sus concreciones más complejas.

El hecho de mirar intencionadamente nos obliga a considerar lo que miramos como un objetivo y en ese momento, de manera automática, dotamos de un carácter objetual dicho objetivo. Tan solo un ejercicio de la inteligencia, un ejercicio intelectual es capaz de descubrir relaciones y percibir la realidad como algo más allá que la realidad objetual y formal que nos rodea. El proyecto hace nacer objetos que se disponen como figuras sobre un papel en blanco. Podríamos identificarnos con el parecer de que la arquitectura es la disposición de objetos bajo la luz, pero prefiero la idea de que lo exterior es siempre interior (ambas de Le Corbusier). Mirar más allá del objeto nos plantea la importancia de las relaciones sobre los objetos y del magma donde los objetos existen, el medio adquiere la misma importancia que ellos, de tal manera que todo se vuelve materia del proyecto, materia de creación y de investigación. Si el objeto es concreción, la relación es potencialidad y variabilidad de ahí que la condición de vacío y el valor de su potencialidad, su capacidad de llegar a ser lo que queramos de una manera inagotable.

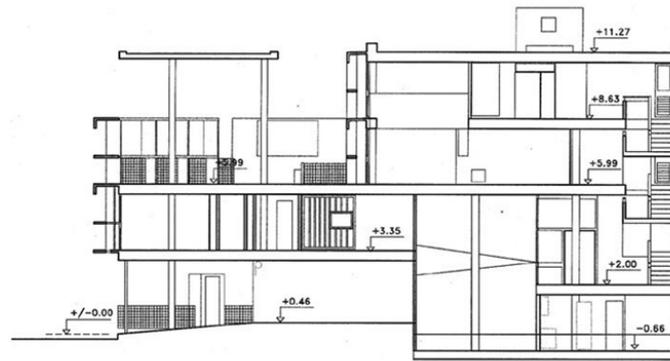
El territorio urbano aparece como una realidad en la que sus componentes deben admitir un carácter complementario, hasta el extremo de que todo es susceptible de ser entendido como espacio interior o todo como espacio exterior. Las relaciones que podamos definir se comportan como segmentos de pensamiento entre cuyos extremos se define una dualidad, fondo y figura, sombra y luz, lleno y vacío.

] 523 [

A veces trabajamos según una manera de mirar el territorio como si de un hojalde se tratara en el que debemos introducir una nueva capa, la de la edificación admitiendo un carácter subsidiario, en la ciudad, nos encontramos en un contexto fundamentalmente arquitectónico, un contexto en el que la arquitectura se convierte en la cualidad fundamental del territorio. La ciudad se ofrece como el territorio específico de la arquitectura.



Le Corbusier. Casa Curutchet, 1949-53

**CORTE A - A**

La estrategia a seguir nos exigirá un dominio en dos técnicas de trabajo la del lleno y la del vacío que nunca dejaran de ser dos sentidos posibles de recorrer de un mismo segmento. Pero si el lleno debe poseer el valor de lo definido, el vacío debe poseer el sentido de lo potencial. Aunque ambos estén siempre presentes. Si la habitación es la célula de la arquitectura, en su misma definición nace la potencialidad que le aporta la vacuidad de su espacio ávido de ser ocupado, definido y concretado. Es consustancial al que habita un espacio arquitectónico cambiar constantemente los muebles de una habitación, como una manera de renacer el individuo al constantemente cambiar su piel arquitectónica más inmediata.

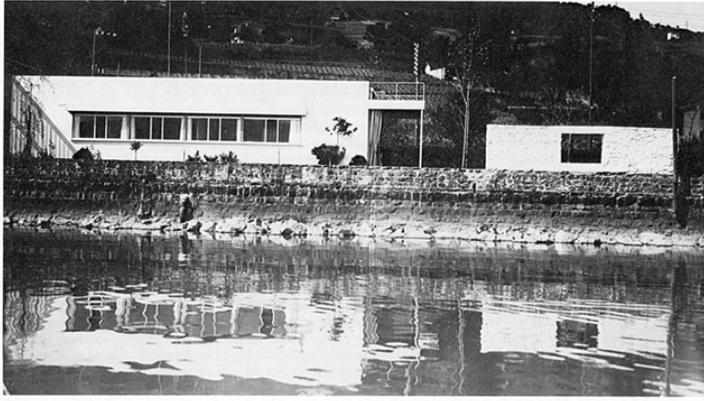
Pero el vacío urbano es el lugar de la imaginación social, es el espacio preparado para ser reinventado constantemente, la plaza de san francisco en Sevilla, el antiguo prado de San Sebastián o el río son vacíos constantemente alterados incluso cíclicamente en el periodo de un año y que poseen la potencialidad de ser lo que queramos imaginar de la misma manera que un teatro es un espacio neutro y potente. Igual que la cara de un mimo sin maquillar se convierte en lo que el maquillaje y la expresión sean posible de combinar. Terror, alegría, paz, amor, felicidad,... todas las sensaciones podrán deambular en el rostro del mimo gracias a la potencialidad de su cara vacía de expresión. Los territorios urbanos deben poseer el valor del vacío urbano como sustancia fundamental de la ciudad y materia de proyecto para poder plantear la posibilidad de intervenir en él de manera que se subraye su condición de vacío, potencialmente apto para ser usado de mil maneras distintas y siempre preparado para ser reciclado en el magma de la construcción de la ciudad. En el lleno, proponemos la construcción de un tejido residencial como definición básica de la ciudad. Se trata de cargar de identidades los lugares, de entender el barrio como una realidad urbana compleja pero que fundamentalmente trata de dotar de una identidad inequívoca al lugar y a sus habitantes, frente a situaciones de carácter administrativo como polígono, barriada, urbanización o conjunto residencial que surgen como conceptos desubicados.

### **Cotidianeidad y habitabilidad. Las Casas del Tiempo.**

La ciudad es una realidad compleja que responde a la función básica de la arquitectura de ofrecer un marco espacial a la actividad humana, la cual llega a su grado más sofisticado en la organización en sociedad. Conforme el grado de complejidad se eleva, la densidad característica de la sociedad se desarrolla de manera proporcional y el número de personas y de actividades alcanza unos niveles en los que la velocidad y el tiempo se convierten en parámetros de medida del grado de bienestar.

Nuestra vida no está clasificada ni se desarrolla de una manera ordenada aunque sea éste, el orden, un objetivo de organización de nuestras vidas y de nuestro entorno. El lugar constantemente se contamina de nuestras acciones y los objetos se acumulan de una manera inevitable en un caos que a veces llega a ser incluso creativo. No obstante, es necesario cada cierto tiempo abrir las ventanas, dejar entrar el aire exterior y que todas las cosas inicien un camino a una situación de orden de regenerere el lugar en el que vivimos en un ciclo constante.

Dos ejemplos nos pueden acompañar, una casa del trabajo como es la Casa del Doctor Curutchet y una casa donde el tiempo se congela en la erosión de su uso, un uso que habla de horas de ocio activo y pasivo como es la "petite maison" también de Le corbusier, una casa que proyectó para su madre y que es un lugar en el que por sus ausencia se hace inevitable sentir la presencia de sus ocupantes.



Le Corbusier. Le petite maison. 1923



## TRABAJO DOMÉSTICO:

En este ciclo vital que parece no tener fin dentro de la cadena continua de nuestra cotidianeidad, los espacios especializados siempre han sido poco útiles dado que su especificidad termina limitándolos. Poco a poco la vivienda se ha ido volviendo un lugar específico y ha ido perdiendo valores arquitectónicos que nos hacen añorar la calidad original de sus espacios. La heterogeneidad de los escenarios de nuestra vida cotidiana tiene mucho que ver con la especialización de nuestra vida regida por sus tiempos, tiempos clasificados en el ocio, el trabajo y el descanso y relacionados por el transporte y sus lugares, de tal manera que se suceden a lo largo de la jornada sucesivos escenarios desconectados que definen a la persona urbana como un nómada. Los ritmos de nuestra vida acotan el perfil de un nuevo nomadismo que nos hace estar en un constante movimiento esquizofrénico dentro de un espacio limitado a la capacidad de los medios de comunicación a nuestro alcance, de tal manera que la distancia vital que puede definir nuestra vida se convierte en una distancia temporal medida en función del tiempo que requerimos para recorrerla. Podemos vivir a más de 100 km de nuestro trabajo si disponemos de un metro, de un tren de cercanías o de una autopista que nos «acerque» y que no tengamos que tardar mucho en llegar, incluso una hora en cada desplazamiento nos parece ajustado.

En esta enfermedad del espacio devorado por la dimensión temporal, nuestros lugares son constantemente abandonados y carecemos del tiempo necesario, irónicamente, para poder construir nuestro entorno, gracias a la inconstancia de nuestra estancia en un lugar determinado. No se trata de un nomadismo itinerante, sino de la maldición del constante movimiento que encuentra de manera rápida sus límites y rebota constantemente contra ellos en una sensación claustrofóbica y siempre condenados a no parar, a una vigilia que se asemeja a una tortura aceptada.

Le Corbusier en sus muchos textos y en diversos croquis y apuntes nos narró su clasificación del tiempo, como una de las bases de sus propuestas para una nueva casa del hombre (Le Corbusier: La casa del hombre. Barcelona, Ed. Apóstrofe, 1999, p. 21)

Quizás este sea un tema caduco, en la medida que es una respuesta a una sociedad industrial que no es la actual. Nuestro mundo, «el primer mundo», poco a poco se ha ido deshaciendo de las fábricas de producción que no sean industrias de distribución, dado que el factor mano de obra ha forzado la ubicación de las mismas en países con unos salarios más baratos. Esta reorganización exigirá nuevas consideraciones tanto hacia el interior de nuestras fronteras como un análisis profundo de las consecuencias que estamos exportando en esa concentración industrial externa. De esta manera la jornada solar definida por Le Corbusier con una parte dedicada al sueño, otra al transporte, al trabajo y al ocio, encuentra en la actualidad una manera de redefinirse en una posible e inminente reducción del tiempo del transporte, toda vez que la vivienda se puede convertir, o mejor dicho reconvertir de nuevo en un lugar de trabajo. La máquina se ha hecho más potente y más reducida, lo que permite volver a pensar en el trabajo del artesano, del individuo o de pequeñas colectividades y en la recuperación del trabajo en la vivienda.

No obstante, esto no tiene nada de inédito. Durante todo el siglo XX y a través de diversas maneras, este orden se ha ido progresivamente definiendo o recuperando, y ha sido más la obsolescencia de un modelo de vivienda siempre revisado exclusivamente en su componente de tamaño el que no ha sido capaz de

dar respuesta a demandas cada vez más evidentes. La vivienda respondió a los modelos de realojamiento en las ciudades después de las guerras mundiales, con unos parámetros mínimos y con un programa pensado para una organización del tiempo que nos obligaba a salir cotidianamente de nuestras casas, desalojándonos la mayor parte del día, para caer en un síndrome claustrofóbico los fines de semana que nos hacía huir al campo, a los centros históricos, a visitar los familiares... pero en cualquier caso a salir de nuevo de casa. En este ritmo las casas se convierten en lugares abandonados, poco a poco tecnológicamente muy dotados pero con poca capacidad de habitabilidad, solo «mejorada» por la televisión. Al paso del tiempo los programas no se han redefinido sino que se han reproducido simplemente incrementando su tamaño en función de nuevas demandas, definidas por un poder adquisitivo progresivamente más alto. La vivienda con requerimientos más amplios simplemente se ha hecho más grande, sin ofrecer alternativas proyectuales a sus usos, sin revisar los conceptos de una vivienda que no solo era crítica y mínima en su tamaño original, sino también en la manera unívoca de habitarla.

Nuevas demandas tan solo han sido resueltas por parte de los propietarios, de una manera espontánea, con operaciones que han duplicado la vivienda original si por un casual se ha podido adquirir la vivienda vecina. En la duplicidad de accesos, de servicios, de estancias se planteaba un proyecto de realojamiento que daba lugar a un marco de vida mucho más sugerente que el de la vivienda original unicelular. Esas adaptaciones nos hablan de casas de doble fondo, donde cada acceso nos permitía entrar a un compartimento distinto, pero que encontraban una definición de complementariedad en las zonas de contacto, con atractivas resoluciones. Lugares donde una doble puerta en una habitación daba lugar a la aparición de dos mundos compatibles y segregados, a la convivencia de dos dimensiones espaciales y temporales diversas, la del trabajo y la de la vivienda pero que compartían una unidad.

*“Con la aparición de la industria se consuma la separación de vivienda y trabajo.”*

Carlos Martí Arís: Las Formas de la Residencia en la Ciudad Moderna. Barcelona, Edicions UPC, 2000, pp. 1315

## OCIO DOMESTICO

La compartimentación del tiempo es la manera de organizar el espacio que rige nuestra cultura contemporánea. El espacio adquiere una nueva dimensión y la manera en la que organizamos nuestro tiempo es capaz de dar la pauta para estructurar el espacio que nos rodea. Como hemos comentado anteriormente el esquema tripartito de descanso, trabajo y ocio se ve constantemente alterado por nuestra organización espacial, de manera que las fluctuaciones entre ellos determinan nuestra vida cotidiana y nos vemos obligados a dormir menos a cambio de poder hacer deporte antes de ir a trabajar o le quitamos tiempo a la hora del almuerzo para poder ir al gimnasio, incluso por trabajar más «tranquilamente» alargamos nuestra semana laboral al fin de semana y encontramos el placer de trabajar cuando los demás «descansan». La jornada laboral se organiza de distinta manera y se habla de la jornada partida o de jornada continua y el resto de los tiempos se organiza en función de diversas necesidades. Quizás sean los tiempos del descanso los que mejor se intercalan y atienden al desarrollo de una cultura de la rentabilidad de la jornada laboral (el tiempo del desayuno, la siesta,...) Desde la aparición de los medios de transportes el tiempo dedicado a movernos de nuestra vivienda a nuestro centro de trabajo se ha convertido en un tiempo negociable, de manera que un indicador de nuestro grado de bienestar está en función del tiempo que requerimos para llegar al trabajo. El segmento temporal entre nuestra vivienda y nuestro trabajo determina la elección de nuestros horarios, incluso cuando podemos intentamos estar cerca de todo, distancia entre la casa y el trabajo, distancia a los colegios, a los abastecimientos comerciales (mercado, supermercado, tiendas, centro comercial,...) incluso del ocio (distancia a parques, zonas verdes, plazas, cines, teatro, museo,...). Nuestro grado de satisfacción de la vivienda también estará en función de estas distancias y sus tiempos implícitos.

En esta reflexión intentamos acotar los términos usados y si asumimos que el tiempo del descanso debe estar destinado a dormir, al sueño reparador de la siguiente jornada; el tiempo del trabajo y el del ocio son objeto de una revisión constante en la actualidad. Tal y como hemos visto, aunque suene a arresto domiciliario, el trabajo domiciliario se recupera como una alternativa incluso en el trabajo dentro de una empresa y no solo para el trabajador autónomo o el artesano, de manera que cada día se hace más verosímil la posibilidad de trabajar «dentro» de una empresa en una habitación del mismo domicilio. Trabajar en casa debe pasar a ser una posibilidad que permita compatibilizar la vida doméstica con la laboral, impide la pérdida de tiempo de los desplazamientos y acota la banda laboral a la estrictamente necesaria. Estas situaciones no son siempre estancas y ajustadas sino que requieren de momentos presenciales y de actividad conjunta que nunca evitará el tener que estar junto a nuestros compañeros de trabajo, porque es



necesario atender al valor de la contaminación y del mestizaje que establecen las relaciones humanas.

Frente al trabajo, el ocio es la banda temporal menos definida y como tal es la más personal, la más particular de definir y que refleja la condición individual, dando paso a una manera de identificarnos: ¿Qué haces en tu tiempo libre? puede ser una pregunta que nos permita mostrar una seña de identidad de cada uno de nosotros. Pero en nuestra cultura social actual la idea de ocio está ligada a consumo, a gastar, incluso lo que solemos decir de no hacer nada, implica en este momento ver la televisión, mirar internet o jugar en la consola. Ni tan siquiera «no hacer nada» es no hacer nada, podemos preguntarnos cuando fue la última vez que nos sentamos en un banco a ver pasar la gente, mirar el paisaje, tomar el sol una mañana fresca de invierno, salir a sentir la lluvia. Parece que siempre tenemos que estar haciendo algo, quizás esto no sea otra cosa que una manifestación de nuestra sociedad de consumo y el tiempo del ocio, ese tiempo personal e intransferible es manipulado por el consumo más feroz.

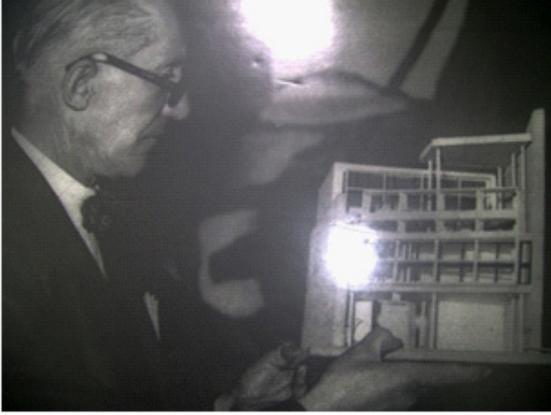
Es terrible pensar que la segunda manera de ocio doméstico en la actualidad es navegar por internet. De una página de internet hemos extraído el siguiente texto: «¿Qué hacen los españoles durante su tiempo libre de fin de semana cuando están en casa? Una encuesta ha cifrado en unas 13 horas el tiempo que de media dedicamos sábados y domingos a estar en casa, descontando las horas de sueño y las tareas domésticas. Sólo 3 de cada 10 minutos de ese tiempo se destina a actividades de ocio activo, destacando la jardinería o la cocina creativa; mientras el resto del tiempo libre se dedica a ocio introspectivo o intelectual, en el que solo ver la tele supera ya a una actividad cada vez más habitual: navegar por Internet, .... Preguntados sobre este particular a 4.500 personas. De las 13 horas y 6 minutos dedicadas a estar en casa los fines de semana descontadas las horas de sueño y las tareas domésticas, casi el 70 por ciento de este tiempo lo dedican a actividades receptivas e intelectuales, es decir, ver la televisión (23,22%), navegar por Internet (15,07%), escuchar música (14,36%), leer (13,12%) escuchar la radio (11%).»

Quizás debamos preguntarnos si ¿hay alguien que aspire a estar en su casa como lugar donde desarrollar distintas actividades en su tiempo libre? o quizás la vivienda se haya convertido en un lugar tan especializado que no es posible pensar en desarrollar actividades de nuestro tiempo libre. Los fabricantes de objetos tecnológicos pugnan por convertir sus productos en el corazón del ocio doméstico. El universo espacial de una pantalla es infinito pero nos atrapa en un mundo sin sensaciones, donde ni el verde, ni la humedad ni el sudor ni la satisfacción, ni el cansancio son reales. Debemos reivindicar los matices de nuestro paladar como manera de vivir. A una abuela es imposible hacerla comer de un bote de ketchup o simplemente de una lata de tomate frito, de la misma manera es necesario «humanizar» nuestro tiempo libre y tener lugares para reunirse con lo amigos de una manera usual, lugares para jugar los niños, para cocinar entre todos y que una familia se concentre a preparar las conservas de tomate para el año, o de mermeladas o los embutidos si vivimos en un lugar donde sea posible secarlos; lugares de la cultura, del baño como reunión o del deporte de manera privada. En nuestra cultura, la acción es consustancial al individuo de la misma manera que junto a la acción aparece el objeto y la herramienta. Por ello proponemos reflexionar en la posibilidad de incorporar el espacio del ocio como el espacio de hacer cosas, de fabricar objetos, de cocinar, de manipular,...

Cualquier proyecto comienza por pensar en el programa, realmente es necesario proyectar el programa, la manera en la que los espacios van a convivir, van a ser utilizados y van a relacionarse, porque el acto de proyectar consiste fundamentalmente en establecer relaciones. Estas relaciones son de tal manera importantes como objetivo de proyectar que aquellos espacios que resultan fuera de la tensión de las relaciones se convierten en desechos y sufren del mal del abandono.

Una condición exigible a cualquier proyecto es que asuma la condición subsidiaria frente al verdadero protagonista de nuestro trabajo, el usuario. De la misma manera que en la vivienda colectiva nuestros proyectos son reinventados cuando las casas son ocupadas por las distintas familias en una realidad caledoscópica. Esta es una condición versátil que debe tener la vivienda de manera que su proyecto finaliza o se culmina en el momento en que la vivienda es ocupada, usada.

El entendimiento del ocio como componente temporal fundamental es el que nos puede conducir a reflexionar cómo la vivienda tiene que asumir su papel de escenario urbano, aportando aquellos lugares donde la vida en familia, con los amigos, en grupo sea posible desarrollarla en el ámbito doméstico. Deben surgir los lugares del juego, la sala de las muñecas, la habitación del “*scalectrix*” o de la *Wii*, pero también el lugar del fotógrafo, de los embutidos, del lugar donde poder hacer bricolaje, donde preparar un fiesta, un lugar para ver cine, donde pintar, donde esculpir, un lugar para mirar el horizonte, donde capturar la lluvia y poner macetas y apropiarse de un trozo de cielo, Donde mirar a la calle y también



Le Corbusier con la maqueta de la Casa Curutchet. Foto P. Yarleque

poder ser visto.

Dos condiciones podemos plantear desde nuestro trabajo a los territorios urbanos, habitabilidad y cotidianeidad. Dos conceptos a los que deben aspirar nuestras viviendas y que colocan al individuo como protagonista absoluto de nuestro trabajo. La habitabilidad podemos definirla como la capacidad de nuestras viviendas de ser habitadas de manera constante, de perder su especificidad y monotonía para ganar en potencialidad para ofrecer espacios donde trabajar o de ocio; viviendas que no sean solo destinadas a resolver el dormir como actividad de referencia.

La cotidianeidad se trata de la manera en que nuestras casas absorben el tiempo, en su capacidad de ser usadas y convertirse en escenarios erosionados de nuestras vidas, donde la huella de los que viven en ellas queda marcada y nos recuerde el paso de su tiempo en ese lugar.